

HASTA QUE LA MUERTE NOS

Quien afirme que el progreso existe, miente. Pese a los innumerables sí quiero pronunciados por hombres y mujeres de todas las épocas, el matrimonio continúa siendo una fórmula eterna que conserva en su memoria todos sus recursos y símbolos. Como mucho, se ha teñido de moderno.



La meta ansiada de toda mujer libre era el matrimonio, y tanto en griego como en hebreo antiguo la palabra "mujer" también significaba esposa. Se solía considerar deseable el matrimonio de una muchacha con un hombre que le sobrepasaba en un buen número de años. Aristóteles decía que el matrimonio ideal era el de una novia de dieciocho años y un novio de treinta y siete. De esta manera, el marido guiaría y enseñaría a su esposa, y la esposa daría a su marido hijos sanos.

La familia de la novia y el novio o su familia solían negociar el matrimonio. Este implicaba, además de la transferencia de autoridad, la compensación a la familia de la novia por su pérdida y una provisión para ella en la nueva relación con su marido. En las clases más ricas, la novia llegaba al matrimonio con una parte de la riqueza de su familia que, en Grecia y Roma, le era devuelta si se acababa el matrimonio por divorcio o muerte. Entre los hebreos, la novia recibía un pago de su esposo en patrimonio, así como las novias celtas y germánicas, que recibían un presente del novio para ser empleado como ayuda cuando él muriera. También era común en todas estas culturas un presente de la familia del novio o la novia. Las novias germánicas recibían un tercer pago, el Morgengobe o "regalo matinal", que el marido le ofrecía

**La buena esposa hace que
"la propiedad de su esposo crezca y
se incremente, y envejece junto a su
esposo al que ama y quien le ama,
madre de una familia excelente y
de buena reputación"**

después de la noche en que se consumaba el matrimonio... Por ejemplo, en el siglo VI, el rey merovingio Chilperico I ofreció a su reina, Galiwintha, las ciudades de Limoges, Burdeos, Cahors, Beám y Bigorre como regalo. A cambio, la novia debía ceder sus "sustanciosas" propiedades personales: lencería, vestidos, utensilios de cocina...

Tanto el compromiso como el matrimonio se consideraban acontecimientos dignos de celebración, y el festejo y la bebida seguían a las ceremonias. Cada cultura poseía ritos y símbolos ideados para dar buena suerte y fertilidad a la unión, algunos de los cuales han llegado hasta nosotros. Aunque el matrimonio se consideró en principio una unión económica y social, estas primeras sociedades transmitieron a la cultura europea la esperanza de que marido y mujer hallasen juntos placer y afecto. No se esperaba amor, pero se aspiraba a él.

La buena esposa hace que "la propiedad de su esposo crezca y se incremente, y envejece junto a su esposo al que ama y quien le ama, madre de una familia excelente y de buena reputación", declara un poema griego del siglo VI a.c.: trae provisiones para su hogar y da órdenes a su servidumbre, compra un campo, planta una viña y le saca provecho, hila y hace vestidos,



SEPARÉ

La meta ansiada
de toda mujer libre
era el matrimonio, y tanto
en griego como en hebreo
antiguo la palabra "mujer"
también significaba *esposa*.